

FRONTERAS EMOCIONALES

Llamé a la compañía de taxis para que me recogieran al final de la calle. Era un barrio alejado del centro, así que tendría que esperar unos veinte minutos en una noche que ya se vislumbraba fría antes de salir de casa, pero como ya me había comprometido a acudir y mis amigos insistieron tanto, accedí, impulsado más bien por la obligada necesidad social de cumplir con las expectativas de mis congéneres respecto a mi vida amorosa que a las mías propias.

Les había presentado a mis tres últimas parejas y, ni Clara, ni Julia, ni tan siquiera Bianca, la exuberante y complaciente Bianca, pasaron el corte. Mi elección de compañeras no les parecía adecuada. Ciertamente es que no cumplían con el modelo imperante de pareja al uso, pero a mí me brindaban todo lo que necesitaba. Y más aún, excluían lo que no necesitaba.

Ella era Marta. Treinta años. Abogada penalista en un bufete de prestigio. Larga melena castaña. Ojos verdes. Alta, delgada, pechos generosos. Volcada en su profesión. Sin intención de formar una familia.

Buah, Mario, la tienes que conocer, colega. Es la tía perfecta para ti. ¿Perfecta? ¿En qué sentido? Mis amigos estaban todos casados y a cada uno de ellos le escuché declarar que su futura cónyuge era la mujer ideal. Pasado un tiempo, las cenas del sábado se convirtieron en una perorata acerca de ilusorios placeres de la soltería y las razones por las cuales sus esposas les impedían disfrutar de su tiempo fuera del trabajo con libertad. La escasez de sexo, por supuesto, se erigía como vórtice de su desdicha mayor. Tras la quinta copa y tontear con alguna desconocida en la discoteca, la mayoría de ellos acababa diciendo que, a pesar de todo, no había ninguna como su mujer y regresaba a casa con el rabo entre las piernas. Si la perfección era a pesar de todo, yo no estaba interesado.

Aun así, quizás por satisfacer la vehemencia de mis compañeros en su afán de reconducirme hacia la dirección socialmente considerada adecuada o, más bien, por concluir de manera definitiva que quedar con más mujeres no iba a complacerme jamás, tras un breve intercambio de mensajes, Marta y yo nos citamos en un restaurante de postín al cual llegué diez minutos antes de lo acordado,

para poder así tener el tiempo suficiente de sentarme en la barra con un martini seco y observar a mi Julieta cuando hiciese su entrada.

Marta llegó con puntualidad inglesa, enfundada en un abrigo de piel que el personal se encargó de recoger y guardar en el ropero dejando así al descubierto un vestido de noche ceñido, aterciopelado y con la tela justa para tapar sus glúteos y mostrar sus largas y torneadas piernas cubiertas con unos pantis cristal.

Me regodeé en el modelo escogido, evaluando la posibilidad de volver a sentir el calor humano de la carne deformándose al apretarla entre mis manos.

La voluptuosa abogada se acercó hasta la barra pilotando con seguridad sobre sus tacones de aguja y me saludó con un firme apretón de manos. Los dos besos no estaban hechos para ella. Tras interrogar al camarero acerca de los vinos que ofrecía, pidió una copa de tinto que parecía podría satisfacer su refinado *bouquet*.

Tras aquello, confirmé mi acertada impresión de que Marta era una mujer con las ideas claras, independiente y nada necesitada de un hombre a su lado que le aportase confianza para llevar las riendas de su vida. Cabalgaba sola y a buen ritmo. Lo cual, también confirma la ineptitud de mis queridos amigos para buscarme pareja. Que yo fuese un hombre autosuficiente, con relativo éxito profesional y refinado gusto en el vestir no implicaba, necesariamente, que quisiese compartir vida y eventos con una semejante. Sí alabé lo acertados que fueron con el físico.

Pasamos a la mesa y ambos guardamos nuestros teléfonos móviles, dando la impresión de que estábamos allí para prestarnos total atención. Para entonces, yo ya sabía que nada de lo que Marta tuviese que contarme despertaría mi interés, pero decidí disfrutar de la cena en pos de un posible intercambio de índole sexual.

Mientras escuchaba la parte de la historia de su vida que Marta había decidido mostrarme esa noche para deslumbrarme, empecé a arrepentirme de haber salido de mi comfortable piso para volver a quedar con una mujer. Era más de lo mismo. Nada nuevo en el horizonte. Búsqueda de reconocimiento en el otro. Alarde de cualidades excepcionales. Necesidad de reafirmación. Puse

cara de interés y asentí con la cabeza a cada aseveración que ella hacía mostrándole una fingida empatía y conexión del tipo: tú hablas, yo te escucho, todo lo que dices me parece maravilloso y eso te hace sentir genial.

Tras pagar la cuenta — insistí en hacerlo yo —, ella me invitó a unas copas en la zona VIP de la discoteca de moda, a la que entramos sin esperas y sin pagar gracias al enchufe de Marta con el gorilazo que vigilaba la puerta y decidía quién poseía el perfil idóneo para adornar el local.

En la segunda copa ella dejó caer su mano sobre mi muslo y lo acarició mientras me sonreía lujuriosa. En la tercera mi lengua estaba en su boca y en la cuarta ella separaba sus rodillas para facilitar el acceso de mi mano a su prestigioso *buffet*.

Lo hicimos en su casa. Ella quiso demostrar su seguridad en sí misma y llevó la iniciativa en todo momento. Yo no quise cortarle el rollo y me dejé hacer. Volver a interactuar y sentir la suavidad de una piel no compensó el tener que someter mis deseos a los de otra persona.

Me despedí amablemente alegando que tenía que madrugar y le mentí a la cara al decirle que había pasado una velada de diez y que ya nos volveríamos a ver.

Cuando por fin llegó el taxi y pude entrar en calor, empecé a olvidar la insulsa noche que había pasado dándole a Marta todo lo que esperaba de mí.

Saqué mi móvil del bolsillo. Ojos azules, no, castaños. Bianca los tenía así y no me cansaba de mirarlos. Una melena media, como la que tenía Julia, pero rubia. Piel blanca, con pecas. Los pechos no los quería tan grandes esta vez, quería poder manejarlos. Inteligencia artificial programable 2.1. Fantástico. La de Bianca estaba anticuada. Buscar. Intro. Dos segundos y apareció en la pantalla: Alexa. Era perfecta. La encargué al instante. Entrega a domicilio. El lunes la tendría en casa.

El olor y el tacto a silicona nueva de un futuro cercano hicieron que me relajara y se confirmara en mí el deseo de seguir compartiendo la vida con una muñeca que responde a mis voluntades y no necesita recibir absolutamente nada a cambio para ser feliz.

Guardé el teléfono. Suspiré, aliviado.

Rakel Canales Pérez